

“CÍRCULOS MOVEDIZOS Y SILVESTRES RACIONALES. LOS FRAILES, LOS INDIOS Y EL ORDEN MORAL DEL MUNDO EN LA CRÓNICA DE FRANCISCO DE BURGOA”

Marcelo Ramírez Ruíz

*Departamento de Historia, Escuela de Humanidades,
Universidad Autónoma del Estado de Morelos*

Introducción

Las crónicas que escribieron médicos, cosmógrafos y frailes durante los siglos XVI y XVII, en la Nueva España, coincidieron en señalar la naturaleza del indio como flemática y a veces como melancólica. El reconocimiento de una naturaleza fría y húmeda o fría y seca en los indios los asemejó a la vejez y a la muerte, a la feminidad y a la luna, a la inactividad, la torpeza y la decrepitud. Los indios del Nuevo Mundo fueron vistos como los escitas de la antigüedad greco-latina: cobardes y débiles; los españoles, en cambio, se consideraron un pueblo colérico, caliente y seco, semejante al oriente, al sol, a la masculinidad, a la actividad, a la juventud y a la fuerza. Así pues, de acuerdo con las interpretaciones de los principios tanto de la física aristotélica como de la medicina hipocrático galena, indios y españoles tenían naturalezas antagónicas.

Por otra parte, también la “historia moral” de unos y otros los colocaba en lados opuestos: mientras los indios eran vistos como idólatras que confundieron a la criatura con el creador, los españoles eran los cristianos que traían el conocimiento del verdadero dios. Este antagonismo natural y moral justificó la inferioridad del indio; considerado infantil y “rústico”, habría que someterlo de la misma manera en que el varón se impone sobre la mujer, el adulto sobre el niño, el alma sobre el cuerpo o la forma sobre la materia. Considerado salvaje y endemoniado, habría que reducirlo del mismo modo en que los santos bíblicos enfrentaron al mundo como un yermo en que demonios y salvajes se confunden y donde la naturaleza parece un campo semejante al infierno.

En esta última vertiente hallamos la obra del dominico Francisco de Burgoa,¹ publicada de 1670 a 1674. Su trabajo representó un esfuerzo por recuperar y evaluar la memoria de varias generaciones de frailes que emprendieron una guerra contra todos las señales y vestigios demoníacos en la Provincia de San Hipólito Mártir de la Nueva España, cuya cabeza se ubicó en la Ciudad de Antequera, hoy Oaxaca. La orientación de sus vidas a un “norte divino” en la tierra que hicieron suya, muestra la trascendencia de la simbología medieval y renacentista hasta en los rincones más apartados de las Indias Nuevas en la segunda mitad del siglo XVII.

La primera parte de su obra (un tomo) se llama *Palestra historial de virtudes y ejemplares apostólicos fundada del celo de insignes héroes de la sagrada orden de predicadores en este Nuevo Mundo de la América en las Indias Occidentales*; se publicó en 1670. La segunda parte (dos tomos) lleva por título: *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo Ártico de la América, nueva iglesia de las Indias Occidentales, y sitio astronómico de esta Provincia de predicadores de Antequera, Valle de Oaxaca*. Esta salió a la luz cuatro años más tarde que la anterior. En la obra de Burgoa, además de las “refulgencias espirituales” y las “prendas esclarecidas de virtud, santidad y letras” de los “varones insignes” que cultivaron la Provincia “para jardines de la Iglesia”, se apuntan datos sobre la historia de los pueblos; “los temperamentos, sitios, frutos y calidades así proficuas como nocivas” de las tierras; y “algunos discursos morales”, “para que los ministros en estas mudas soledades diviertan lo insípido de tan incultos yermos” y les sirvan de “ejemplares apostólicos que penetren los efectos más íntimos del alma”.² El discurso del dominico integró la realidad natural y moral de su Provincia a las historias bíblicas, asemejando los bárbaros indios a los bárbaros cananeos que habitaban las montañas vecinas al mar. Junto con el cuerpo de documentos conocido como *Relaciones Geográficas (RGs)*, la obra de Burgoa es la principal fuente que sintetiza la visión colonizadora de la Provincia de Antequera en el proceso de desestructuración y redimensionamiento de las marcas sagradas de las culturas indígenas. Como sabemos, la Corona española organizó varios cuestionarios para saber más sobre sus posesiones de ultramar, y el que tuvo más éxito fue el de 1577 cuyo título completo es *Instrucción y memoria de las relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias, que su majestad manda hacer, para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*. Está compuesto de cincuenta preguntas que indagan sobre la naturaleza de las tierras y sus habitantes, así en pueblos de indios como de españoles. Las respuestas fueron escritas por corregidores, alcaldes y religiosos, los cuales con frecuencia investigaron entre los indios más

¹ Francisco de Burgoa nació en la Ciudad de Antequera, Oaxaca, Nueva España, en 1611; fue descendiente en la sexta generación de los conquistadores Melchor Alavés y Juan Rodríguez. Creció y se formó en Oaxaca; realizó una brillante labor eclesiástica y como provincial recorrió hasta los lugares más apartados de su Provincia. Su trabajo escrito incluye otras obras inéditas.

² Burgoa, *Geográfica descripción*, prólogo; vol. I, p. 16.

viejos del lugar la información requerida y a veces dispusieron de “pinturas” antiguas o recientes, en este último caso elaboradas por indios que representaron sobre el papel un espacio en el que trataban de reintegrar su mundo después de la conquista.

A través de las fuentes coloniales podemos apreciar que la superficie montañosa de Antequera simbolizaba algo así como el caos anterior a la creación del mundo, y los hombres que la habitaban (en cuanto *contenido* de una *tierra continente*) tenían una naturaleza semejante a ella: primitiva, bárbara y salvaje. Las montañas de Antequera figuraban en la representación de Burgoa como “último reducto del demonio” en donde los indios eran, por lo tanto, los “últimos gentiles”. Vamos pues a revisar en este artículo, el orden moral que define la crónica del dominico y las imágenes inscritas en él, tanto del indio como del fraile que lo evangelizó; expuestas ambas figuras en polos antagónicos: uno demoníaco y otro de santidad; por una parte como *hijos de tinieblas*, *hombres silvestres como salvajes* u *hombres del olvido*; y por otra como *racionales ruedas*, *hombres del interior* y *lebreles de las almas*.

Hijos de tinieblas

Las narraciones mixtecas que escuchó Burgoa en sus andanzas por los pueblos, contaban historias parecidas a las de los pueblos mesoamericanos: salieron de un cerro divino, del cual emergieron a través de cuevas para iniciar su peregrinación hasta sitios escogidos por las deidades para cedérselos a sus pueblos a través de un pacto renovado periódicamente con ritos sacrificiales. En la imaginación del dominico, sin embargo, fue el demonio quien los llevó a vivir entre ásperas serranías:

(...) los trajo a los puestos más incultos y malezas intratables, entre fieras, impidiéndoles recelo el ingreso de los mensajeros del día del Evangelio, y para conseguirlo, como quien tiene demarcada toda la tierra, y se había abandonado con el título de Príncipe de este mundo, trajo a los primeros pobladores a las tierras más muradas de montes y sierras inaccesibles (...)³

La superficie arrugada determinaba la naturaleza de los hombres: “el sitio de los pueblos, lo inculto de las montañas y lo impenetrable de las barrancas y despeñaderos son muy conformes con el serranaje de los moradores”.⁴ La “región del abismo” que habitaban los mixtecos de Achiutla los había asemejado a las bestias del campo y los hizo “hijos de tinieblas”:

Estos bárbaros, hijos de tinieblas, acostumbrados desde su nacimiento a las inclemencias de los tiempos, sin abrigo, curtían la piel como fieras silvestres en la aspereza de los suelos, expuestos al bravo y pungente agujón de las sabandijas, el alimento fuera de él, del pecho de sus madres, siempre insípido y grosero, la diversión, los silbos y bramidos de aves montesinas y fieras, que a veces saliendo de sus grutas ensangrentaban sus garras en la piel de un inocente, y a los que de

³ *Ibid.*, cap. XXIII; vol. I, pp. 274-275.

⁴ *Ibid.*, cap. XXXIII; vol. II, p. 24.

estas invasiones escapaban, desde los crepúsculos de la razón les amanecía el día lóbrego en cavernas espantosas de sus oblaciones, entre figuras horribles de demonios que en visiones formidables los asombraban poniéndoles tanto horror que les quitaba el de la muerte, y apetecían más ésta que ver el horrrisono ceño infernal de aquellos monstruos de la región del abismo (...)⁵

Para los indios, las cimas de las montañas más altas eran el sitio más sagrado, accesible sólo a sus sacerdotes. En ellas era donde se renovaba el pacto con las fuerzas divinas para mantener en su lugar al agua, al fuego, al aire y a la tierra; para que el día siguiera separado de la noche, y el cielo de la tierra; y para asegurar la nueva emersión del sol del fondo de tinieblas en que su hundía por las tardes. Así también fue el cerro de Tecomastlahuaca, un lugar de sacrificios; pero la representación que de ellos hace Burgoa está asociada a “cuadrilleros de Satanás” que desaparecieron a la llegada de los frailes:

(...) es tradición de los indios que en su gentilidad sacrificaban en la cumbre de aquel cerro a los que vencían en guerras, y le subían con algaraza de cantos y bailes, y le despeñaban por aquel risco abajo, donde se despedazaban los cuerpos, y los trozos que llegaban al agua desencuadrados a golpes en las puntas de peñascos, eran despojos de unos pescadotes negros y espantosos, que dicen salían del profundo, y vorazmente como tiburones se los engullían, nunca se han visto estos en nuestros tiempos, porque debían de ser cuadrilleros de Satanás (...)⁶

Hombres silvestres como salvajes

Mientras más se alejaban de los valles, los frailes encontraban montañas más rudas y habitantes más bárbaros. En la crónica de Burgoa, era el caso sobre todo de chinantecos, mijes, chontales y “chochos”. La naturaleza “primitiva” de los chinantecos, por ejemplo, se reflejaba hasta en un lenguaje bárbaro, como lo experimentó el fraile Francisco de Saravia en su paso por la Chinantla, el cual: “no reconocía ni sílaba ordenada que pudiese investigar el juicio para rastrear sus afectos, porque la locución es entre dientes, violenta, y con los acentos de consonantes ásperas, confusas las vocales, sin distinción unas de otras, que parecían bramidos más que términos de locución”.⁷ También los “chochos” hablaban “gutturizando entre dientes” y parecían “casi irracionales salvajes”:

[por el] grande desconuelo en que vivían, así por la destemplanza de la tierra como por el retiro de comunicación humana. La barbaridad de los indios [se reflejaba] en la dificultad de la lengua, en la desunión que entre sí tenían apartados en cavernas y barrancas, desnudos en carnes, tostada la piel, avaquetado el cuerpo, curtido el cuerpo y casi irracionales salvajes de la pelusa del cabello que los cubría. Las veces que forzados del temor acudían a ver a su cura algunos [de ellos], era mal articulando alguna palabra de mexicano y gutturizando entre dientes lo que decían, y con dejar lo que traían para el sustento se despedían inclinando la cabeza, sin ser entendidos ni más vistos (...)⁸

⁵ *Ibid.*, cap. XXVI; vol. I, pp. 318-319.

⁶ *Ibid.*, cap. XXXII; vol. I, pp. 364-365.

⁷ *Ibid.*, cap. LIX; vol. II, p. 177.

⁸ *Ibid.*, cap. LVIII; vol. II, p. 174.

Estos “chochos” fueron “tan bárbaros que era menester deponer de la vista la brutalidad que representaban para ocupar de la fe al entendimiento, persuadiéndose [a uno mismo] a que eran de la cepa del primer Adán”.⁹ A pesar de las evidencias de que hubieran dejado de ser “hombres silvestres como salvajes” y se convirtieran en cambio en “muy cultivados”, los indios siguieron siendo, dice Burgoa, “hoscos” y “opuestos en todo al trato con los españoles”:

(...) estas naciones bárbaras de los indios, y entre muchos la de los chochos, era feroz, altiva y de grandes errores gentílicos de ritos y supersticiones a que la fragosidad de aquel país todo entre sierras y barrancas ayudaba, y en ella se criaban hombres silvestres como salvajes, siempre hoscos, opuestos en todo al trato de los españoles, tanto que hoy después de muy cultivados si llega alguno a sus pueblos, salen varones y mujeres de sus tugurios y chozas huyendo a los montes y dejan yermas sus covachas, y como cabras monteses trepan por los riscos con notable ligereza (...)¹⁰

Así pues, los indios, especialmente los que tenían sus montañas a la orilla del mar, eran semejantes a los cananeos: “nación feroz como bárbara, que había criado entrañas de robles y corazón de risco. Con el retiro prestó braveza a las fieras, y con la intratabilidad de los montes apostó agreste costumbres tan indisciplinables que hasta el tiempo sentía la resistencia de su rústica inclinación”.¹¹ En la crónica de Burgoa, el pecado de la idolatría era la causa de que sus habitantes no tuvieran una vida “civilizada”. Respecto al debate del siglo XVI sobre si los indios eran o no hombres, si tenían o no alma y racionalidad, si eran capaces de “vida política” o estaban irremediabilmente perdidos en la barbarie de la dispersión silvestre, apunta lo siguiente: eran “regiones ciegas en la niebla de errores tan brutales, que pudieran dudar los primeros conquistadores si eran fieras silvestres o campesinas bestias con las bárbaras costumbres en que había hecho naturaleza la desnudez de sus pieles y sustento agreste en que vivían”.¹² Si bien las “causas superiores”; es decir, el “aspecto y figura del cielo”, “depositan tan benignos sus influjos en todo este hemisferio [occidental] que bebe avariento sus virtudes más activas”,¹³ disponiéndolo para una vida semejante al paraíso, las “causas inferiores” (la “disposición de la tierra”) en la Provincia de Antequera, sin embargo, determinaron una naturaleza atormentada e indómita, utilizada por el demonio como último refugio. La llegada de los frailes se convierte entonces en la ruptura de tanta oscuridad y en el inicio de la era cristiana.

⁹ *Ibid.*; p. 175.

¹⁰ Burgoa, *Palestra historial*, cap. LV; p. 413.

¹¹ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. LXVIII; vol. II, p. 274.

¹² *Ibid.*, cap. II; vol. I, p. 34.

¹³ *Ibid.*, Proemio a la Historia; p. 19.

Hombres del olvido

El pensamiento occidental, cuidadosamente elaborado a partir de la *proporción platónica* que construía la realidad con pares de semejantes (simpatías) y contrarios (antipatías), sobre todo en lo que se refiere a las “calidades” (frío-caliente y húmedo-seco) que unen y separan los cuatro elementos (tierra: fría y seca; agua: fría y húmeda; aire: caliente y húmedo; y fuego: caliente y seco), halló su expresión cristiana en la oposición moral de lo malo (desemejante) y lo bueno (semejante), el cielo y el infierno, arriba-abajo, montaña-llano, hombre-salvaje, civilización-barbarie, alma-cuerpo, cristiano-gentil, y finalmente, en Antequera como en el Nuevo Mundo, español-indio y tiempo de idolatría prehispánica-tiempo de cristianismo colonial. En las sociedades coloniales del Nuevo Mundo, la búsqueda de una “síntesis” con lo prehispánico se presentó al reconocer en los indios la existencia del alma y su condición de hombres, lo cual implicó finalmente la posibilidad de una vida semejante a la de los españoles; es decir, el ser libres y habitar en “vida política”: congregarse en lo llano, con traza, “policía” de calles y un cabildo. No por ese reconocimiento, sin embargo, los indios dejaron de ser vistos como la “carne flaca” y los españoles como los huesos, cual debilidad y fortaleza del reino, respectivamente.

Aunque se les concedió a los indios la oportunidad de vivir en república por considerarlos auténticos hombres, el pensamiento europeo los hizo imágenes en el espejo porque la lógica aristotélica (traducida en los argumentos de los cronistas del siglo XVI y especialmente en Juan Ginés de Sepúlveda) establecía “que lo perfecto debe imperar y dominar sobre lo imperfecto, lo excelente sobre lo contrario”; es decir, la materia ha de obedecer a la forma.¹⁴ Los principios de la filosofía griega, particularmente Platón y Aristóteles, fueron el molde arquetípico para encuadrar el mundo confuso y efímero de las percepciones, de las ilusiones, pasiones y accidentes. El caos fue desplazado a los márgenes del mundo cuando este quedó trazado por el orden y la proporción divina. La forma-continente fue convertida en la expresión abstracta del ser en un universo descifrado por el cómputo del tiempo, la medición matemática del movimiento, y el estudio del equilibrio geométrico, de las semejanzas y desemejanzas. Así, en el indio se reconoció un semejante (un hombre) porque su figura (su forma) lo sugería; su modo de vivir, en cambio, mostraba a los ojos hispanos la confusión caótica del orden moral y político que lo degradaba a la condición de bestia o de salvaje. No podría pensarse de otro modo, se decía entonces, de un ser desnudo o semidesnudo, con largos cabellos y piel tostada, practicante de sacrificios humanos y antropófago.

Escribió Burgoa que en cuanto sentido del cuerpo, “el oído con el sonido de lo más distante se contenta, y [en cambio] el entendimiento [por ser cualidad del alma] prescinde y desnuda de lo material y corruptible [a] la especie que

¹⁴ Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, p. 86.

forma, y por eso son instrumentos a propósito para la fe".¹⁵ De acuerdo con los colonizadores hispanos, de ese entendimiento que descifra de las apariencias la forma (su significado, su finalidad trascendental, su orden y proporción) no era capaz el indio porque, integrado a la naturaleza tormentosa que habitaba, era un ser sensible más que racional. Para ellos, los indios olvidaron su espíritu, perdieron la memoria de su origen en los primeros padres bíblicos, fueron asimilados a la naturaleza agreste en que vivieron y el demonio los sedujo y confundió. Pero a pesar de su apariencia silvestre, los indios, insistió en la aclaración Juan de Solórzano y Pereyra, no habían sido engendrados por la tierra o de "alguna putrefacción de ella ayudada del calor del sol" porque de la tierra sólo se derivan animales inferiores. Un ser perfecto como el hombre, en cambio, procede "de semen prolífico o de sus padres" y se deriva "del que lo fue de todos, Adán". Tampoco eran producto de "arte química", ni de "arte demoníaca" ni del "ayuntamiento o comixión con gimias, cabras, vacas". Eran simplemente descendientes de los hombres de alguna parte de la India Oriental:

Y cuando hubiesen salido [los ancestros de los indios] de algunas ciudades o Repúblicas del Orbe antiguo, bien entendidas y concertadas, primero que llegasen a estas tan distantes del Nuevo, traerían olvidado lo más, y después el tiempo les borraría lo que restaba, dejando a sus descendientes casi sin rastro de discurso de hombres, y sólo con el aspecto y figura de tales, como los hallamos en las más partes (...)¹⁶

El viaje al Nuevo Mundo fue un traslado a la región del olvido, al lugar en el que se desintegra el discurso del hombre. Fue un regreso en el tiempo hasta una naturaleza primigenia en la que el hombre se reconoce sólo por su figura. Así pues, a los indios habrá que recordarles su origen y reintegrarlos a los viejos moldes del cristianismo medieval, así fuera por la fuerza. Para ser plenamente hombres tendrían que recuperar la memoria de su espíritu y superar al mismo tiempo una manera de vivir que transgredía los principios morales y políticos.¹⁷ La sujeción del indio al español tuvo finalmente el mismo sentido de dominio que el alma debe ejercer sobre el cuerpo, porque no era razonable ni conveniente

¹⁵ Burgoa, *Palestra historial*, cap. II; p. 40.

¹⁶ Solórzano y Pereyra. *Política Indiana*, libro I, cap. V, 13; vol. I, p. 54.

¹⁷ Entre los evangelizadores del Nuevo Mundo existía una gran desconfianza en la capacidad de los indios para memorizar las enseñanzas cristianas; suponían que fácilmente olvidarían. Sahagún, por ejemplo, escribió en 1576 que a pesar de haber predicado a los indios por más de cincuenta años, "si ahora se quedasen ellos a sus solas, y que la Nación Española no estuviese de por medio, tengo entendido, que con menos de cincuenta años no habría rastro de la predicación que se les ha hecho". Para eso, para ayudar a la memoria flaca de los indios a recordar los principios morales que los integraban a la cristiandad, Dios había enviado a los frailes: "Y ahora pareceme que Dios Nuestro Señor, habiendo visto por experiencia la dureza de esta gente, y lo poco que en ellos aprovechan los grandes trabajos que con ellos se tienen, y han tenido, ha querido darles la Nación Española para que sea como una fuente de que mane la doctrina de la Fe Católica, para que aunque ellos desfallezcan siempre tengan presentes ministros nuevos y de nación española para tornarlos a los principios de la fe". Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, libro XI, cap. XIII, 5-6; pp. 709-710.

que lo inferior se subleva contra lo superior, trastornando el orden natural y moral establecido por Dios desde que expulsó las tinieblas a los márgenes del universo. Burgoa recoge la tradición de este pensamiento y en su alejada Provincia escribe lo siguiente:

Dentro de casa, y de las puertas adentro de este terreno y movedizo edificio de nuestros cuerpos tenemos más ocular el ejemplo, todo nuestro ser racional y humano se compone de dos enemigos aplazados, espíritu y carne, alma y cuerpo, y dice el Apóstol que tienen tan opuestas las inclinaciones que ambos las ocupan en hacerse mal, y ofenderse el uno al otro, y en medio de esta enemistad ni el alma luce sus méritos si el cuerpo no le presta los instrumentos del amor, de la displicencia, y de la penitencia, en la maceración, en las lágrimas y abatimiento de su desvanecido orgullo; y el cuerpo, villano ciego, ¿qué alientos logrará si el espíritu con la claridad de sus potencias no le instruyera y actuara en las sendas del desengaño propio?¹⁸

Los indios de Antequera, decía Burgoa, son frágiles y débiles porque olvidaron su origen divino y se entregaron a la seducción del demonio; la “fragosidad y retiro” de las montañas cobijaron sus acciones y aprovechó “la facilidad y cobardía del natural de los indios”.¹⁹ Los indios “eran gentiles”, una “nación embebida en tantos errores como otras que refiere la Sagrada Escritura”.²⁰ Pero la presencia de los españoles y la cruz desterraba las sombras del pasado indígena, marcando la distancia entre un ayer idolátrico y un hoy doméstico:

(...) ayer idólatras, gentiles, fugitivos, montaraces, retirados como fieras, connaturalizados entre escollos con ellas, y hoy domésticos, humildes, devotos, sujetos a la disciplina, y lo más digno de agradecimiento es que en tanta pobreza como viven, usen de tanta liberalidad y saquen tales fuerzas de flaqueza para acudir al peso de tantas obligaciones que cargan sobre tan débiles hombros, ¿quiénes los domesticaron a tanta sujeción?, ¿quiénes les abrieron los ojos para el conocimiento del remedio y eficacia de los Santos Sacramentos?²¹

Evidentemente se refiere a los religiosos y particularmente a los integrantes de su orden de predicadores, más radical en la renuncia a los placeres de la vida y en la búsqueda de la humildad.

Racionales ruedas

En suma, en la lógica de oposición de los contrarios, los indios se asemejan a “racionales fieras” y los frailes a “racionales ruedas”: “círculos movedizos (...) tocando con un punto de humanos” en el suelo; hombres casi perfectos porque renunciaron a los engaños del mundo para entregarse, en cambio, al rescate de las almas y al combate del demonio. Los cristianos veían en cada “idolatría” la señal de un demonio arrinconado entre los montes. Para no extraviarse en los

¹⁸ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. I; vol. I, p. 25.

¹⁹ *Ibid.*, cap. VIII; vol. I, p. 87.

²⁰ Burgoa, *Palestra historial*, cap. II; p. 38.

²¹ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. LXXII; vol. II, p. 422-423.

peligros del mar de montañas se dirigían al Dios-norte porque él “gobierna la aguja de los verdaderos y legales ministros”.²² Los frailes:

(...) fueron poderosos para entrarse por las asperezas incultas de los montes, penetrar inaccesibles serranías, trajinarles intratables cavernas, despojar de las aras a sus mentidas deidades, hollarles sus ídolos, despreciar sus ritos, saquear sus grutas, desmantelar altares, castigar sus sacerdotes, abominar sus costumbres, entredecirles sus vicios, y en voraces hogueras consumir sus más apreciables alhajas de los templos, y reducirlos a los verdaderos de nuestra Santa Fe (...)²³

En la descripción de Burgoa, los frailes eran personajes que se aventuraban entre las sierras sin armas ni alimentos y daban a los indios el ejemplo de una vida austera, sometida al sufrimiento, al castigo y a la pena de ser cuerpos, con la esperanza de la “verdadera vida” después de la muerte y “con sólo el escudo de la fe y los aceros de la palabra de Dios”.²⁴ Los religiosos llegaron a Antequera de la misma forma en que lo hacen benéficas influencias del cielo sobre la tierra; es decir, como: “refulgentes astros de mayor magnitud que apareciendo sobre esta región la ilustraron con influjos celestiales, desterrando los horrores nocivos de la idolatría”.²⁵ Ellos buscaron las:

(...) ovejuelas erráticas por entre malezas de incultas montañas con infatigables trasudores, y repetidos peligros para que les penetrase el arado de su doctrina y les amaneciese el día de la luz por esencia, que bajó al mundo, sin que omitiesen fatiga, ni desvelos, por desterrar las densas y lóbregas tinieblas de supersticiosos y nefandos errores en que yacía sepultado el bárbaro gentilismo de estas naciones (...)²⁶

Hombres del interior

Consecuentes con la tradición cristiana, los frailes que describe Burgoa privilegiaron la interioridad de una vida espiritual y disminuyeron y castigaron la sensibilidad de su cuerpo “porque la afección implica una dependencia del alma con respecto al exterior: los órganos de la sensación son como los agujeros del alma por los cuales corre el peligro de derramarse”.²⁷ Sólo la vigilia podía cerrar “el paso al enemigo”: “desvelado a todo ha de atender el que busca la quietud de una soledad”, sobre todo “si no la puede conseguir en el concurso de un coro, ni en el rincón de una celda” y la tiene que buscar en las montañas o el desierto. El penitente no debe “dejar de noche las puertas abiertas a las ilusiones del enemigo que le acomete por todas partes”. No puede permitir que mientras duerme le asalten “los fracasos de la fantasía” y el “bullicio vulgar en que se ocupó de

²² *Ibid.*, cap. LXXV; vol. II, p. 399.

²³ Burgoa, *Palestra historial*, cap. II; pp. 39-40.

²⁴ *Ibid.*, cap. III; pp. 47-48.

²⁵ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. XXXIX; vol. I, p. 411.

²⁶ *Ibid.*, prólogo; vol. I, p. 15.

²⁷ Pardó Torío, *Las formas de la exterioridad*, p. 25.

día”.²⁸ Ha de velar pues, castigando su cuerpo precisamente cuando el relajamiento nocturno lo orilla al pecado. El silencio llegó a representar una de las más radicales manifestaciones exteriores de interioridad, como en el caso de Fray Jerónimo de Tejada: fue “un hombre de tanto silencio, que se pasaba días sin que le oyeran hablar, [pues] siempre andaba interiormente recogido”.²⁹ Los frailes eran *hombres del interior, hombres de un “morir en vida y vivir muriendo”*. Sólo así podrían vencer al maligno que se confundía con las necesidades de sus cuerpos para penetrar en sus almas y arrastrarlas hasta lo más tormentoso del infierno. No hablar era así una señal de interioridad porque los alientos del alma no podrían escaparse con las palabras dichas al mundo. La descripción de Burgoa expone otras búsquedas de interioridad y negación del propio cuerpo. Fr. Tomás del Espíritu Santo, por ejemplo, “era con extremo abstigente y pobre, su hábito era como de un ermitaño, blanco, tan vasto, raído y remendado como de quien se quitaba el pan de la boca para satisfacer a la de los pobres, y sus ayunos como quien deseaba fuerzas del espíritu, y ruina total de la carne”.³⁰ Y más aún, no sólo trataba de desintegrar el propio cuerpo sino también de ayudar a otros a “destetarse y aborrecer los pechos del mundo”:

(...) todo su cuidado era desvelarse en cómo despegar los ánimos de los religiosos de este murmullo vocinglero del mundo, [y para] que no acabaran de ensordecere a su infausto susurro hizo y compuso un librito de muy eficaces y tiernas consideraciones y ejercicios espirituales, muy de la satisfacción del suyo, y dióle a la Casa de Novicios, para que leyendo un capítulo cada noche, con aquella dulzura de advertencias se destetasen y aborrecieran los pechos del mundo en que se habían criado (...).³¹

Otro mecanismo de interiorización era el encierro que recordaba las grutas del desierto; así, Fr. Gaspar de los Reyes, “llamado el senior”, “halló sendas ciertas y seguras para buscar las yermas soledades de la religión”³² y “la clausura de su celda y [el] silencio [en ella] parecía de una gruta del desierto”.³³ Fray Diego de la Vega: “la clausura en su celda fue tanta, que en muchos años no salió fuera del convento tres veces”.³⁴ Con Fr. Martín de Aliende “en todo se manifestaba que estaban aplazados a mortal enemistad el espíritu y la carne, y para sujetar a ésta, a golpes como a brutal la ofendía”, abreviando la propia vida de tantos maltratos.³⁵ Los frailes, en fin, eran “apostólicos barones”, “tan pobres y penitentes que con sólo dejarse ver predicaban el desprecio y engaño de los bienes temporales”,³⁶ aspiraban a “arrojarse a las mayores dificultades” encogiendo los brazos de los cuidados del mundo:

²⁸ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. XXXVI; vol. I, p. 385.

²⁹ *Ibid.*, cap. XXII; vol. I, p. 229.

³⁰ *Ibid.*; p. 230.

³¹ *Ibid.*; p. 232.

³² Burgoa, *Palestra historial*, cap. LXVI; p. 499.

³³ *Ibid.*; p. 502.

³⁴ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. XXII; vol. I, p. 259.

³⁵ Burgoa, *Palestra historial*, cap. LXXII; p. 535.

³⁶ *Ibid.*, cap. LXXIX; p. 585.

(...) los justos, para subir a la cumbre de la perfección y buscar la honra de Dios, encogen los brazos de cuidados temporales, y sólo aspiran a arrojarse a las mayores dificultades, persiguiendo a los enemigos de Jesucristo, hasta darles alcance, porque lo áspero de la empresa trae el socorro para la fatiga.³⁷

Lebreles de las almas

Asemejando la lucha por doblegar su cuerpo a la lucha por subir a las montañas, los religiosos, como si fueran “lebreles de las almas”, buscaron en las serranías de Antequera a sus habitantes “ultramontanos”; enfrentaron a fieras, animales ponzoñosos, tormentas y truenos, ríos, barrancas, soledades y demonios. En las montañas sagradas de Achiutla incluso oyeron hablar a los indios de “disformes fieras” y encontraron en sus cimas “fano inmundo”, “madrigueras de lobos infernales” y una “secreta recámara de condenados”; la cual no era sino una cueva-entrada al inframundo de los mixtecos en que se hallaban embalsamados “inmensidad de cuerpos”. Hubo muchas más “madrigueras infernales”. Los frailes buscaron cada lugar sagrado que los indios trataron de encubrir y los hollaron con el signo de la cruz. El discurso de Burgoa está atravesado de actos de exorcismo en las montañas. Además de los adoratorios de la Mixteca, otros centros famosos fueron Zeetoba, Teotitlán y Mitla en la región zapoteca. De Teotitlán decía, por ejemplo, que se fundó al pie de su montaña sagrada, desde cuya cima se repartían los cuatro rumbos; en ella:

(...) halló Satanás la altura de su apetito y lo remontado de su altiva condición; escogió la cima del peñasco para cátedra de sus dogmas nefandos y teatro de espantosas representaciones. Los días más sangrientos de sacrificios señalaba desde allí a sus bárbaros sacerdotes, desde aquellas cimas en varias figuras articulaba la fantástica voz con que les mandaba la carnicería de hombres como brutos y ceremonias como supersticioso oráculo del tirano soberbio, aquí como criatura intelectual les prevenía algunos acasos con que afianzaba el crédito de su mentida deidad (...)³⁸

Desde esa cima el demonio hablaba a los indios con un tono “formidable y confuso”, “como salido del averno”.³⁹ También en Mitla el demonio aprovechó un rincón para alojarse:

(...) lo que se entiende de su antigüedad es que la naturaleza o el diluvio general dejó allí alguna grande oquedad o vacío de que se valió el demonio, llegando los indios a poblar este puesto, como se valió para dogmatizar del peñasco de Xaquija o Teutitlán, y en la Mixteca de la Cueva de Chalcatongo, para sepulcro de sus señores, y aquí para los de la zapoteca, donde asentó Satanás la mayor centena de errores y abominaciones (...)⁴⁰

Desde esa “grande oquedad” el demonio, en cuanto émulo de Dios, imitó la “cabeza del mundo”: Roma, y también a la Santa Sede pues integró un orden

³⁷ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. XXIX; vol. I, p. 339.

³⁸ *Ibid.*, LIII; vol. II, p. 119.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*; p. 121.

jerárquico de hombres y leyes que le servían. El hecho es que los frailes en toda la superficie montañosa, y no sólo en las cuevas o en las cimas, percibieron signos que indicaban la existencia de “tumbas lóbregas”, porque los animales, monstruos extraños, eran semejantes a “ministros de un purgatorio”. Los frailes penetraron las montañas como si se adentraran a la soledad de un desierto que era al mismo tiempo ingreso al inframundo. Tratando de sensibilizar a sus lectores sobre lo arduo de esa empresa, Burgoa se pregunta:

qué afanes pasarían aquellos varones apostólicos para pulir y reducir a esta forma [cristiana] a unos gentiles criados como fieras al son trágico y funesto de un madero hueco como sus teponastles? qué trabajos pasarían para hacerles mudar al oído los acentos espantables de caracoles y ecos de una invención de tristes y destempladas flautas con que invocaban al demonio su asistencia.⁴¹

Las montañas eran de una “naturaleza inexpugnable”. Sobre todo las altísimas cumbres de la Zapoteca Alta y su Zempoaltépetl, el lugar sagrado de los mijes. En la arrugada superficie de esos montes, “por su aspereza y fragosidad eran más duros los errores y menos política la barbaridad, más ocasionada a idolatrías la tierra y más sujeta a supersticiones la gente”.⁴² Los valles eran, en cambio, de una naturaleza más doméstica; como en Yangüitlán, donde:

(...) es tan benigno el clima, que influye generalmente en los racionales docilidad apacible y urbanidad doméstica, linda tez en el rostro y buena disposición en el talle, tanto, que entre muchos de otros pueblos se señala un indio de Yangüitlán. Naturalmente son bien inclinados y devotos en el culto divino, aseo de sus iglesias y celebración de sus fiestas, exceden a todo el resto de naciones de esta Provincia, y tan políticos en su trato que, con distinción de los demás pueblos, aman y comunican a los españoles que viven entre ellos, ayudándoles en sus trabajos y regalándolos en sus enfermedades, son grandes hombres de a caballo y tornean en cuadrillas con tanta destreza y gala como si fueran caballeros jerezanos o cordobeses (...)⁴³

Algo semejante ocurría en otras superficies planas, como en los valles zapotecos en que se asentó la ciudad de Oaxaca. Al alejarse de la amenidad de los valles poblados, decía Burgoa, la cuesta nos acercaba a la soledad y al peligro, pero a pesar de su condición demoníaca y caótica, las montañas también tenían una belleza primigenia, peligrosa e indómita, semejante a la de sus habitantes mijes:

(...) como se criaban a la vuelta de la más alta montaña [Zempoaltépetl] y más áspera serranía que se reconoce en este reino de Nueva España, es gente que lidia con las fieras y vive entre ellas sin horror a los pardos leones, tigres, osos y culebras que se crían en el vicio de las aguas que bajan de aquella montaña altiva, tanto que visitada del sol su cumbre suelen las nubes como corridas llorar lluvias en las faldas por su bajeza, y oírse el estruendo de truenos en sus laderas, teniendo exenta la cima de sus asombros con la espesura de árboles de varias especies que la coronan. Son tan seguidos los países, que envidiaba yo visitando aquellas casas un gran pintor que efigiase lo hermoso de tantos vistosos prados entre devanados cristales que, bañando presu-

⁴¹ Burgoa, *Palestra historial*, cap. XIII; pp. 105-106.

⁴² *Ibid.*, cap. XII; p. 96.

⁴³ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. XXIV; vol. I, p. 287.

rosos los frondosos troncos y obstinados peñascos de las sombras oscuras que hacen las quebradas entre lo lóbrego y lo pavoroso de sus toldos, forman coros sonoros de pájaros y aves ermitañas que, como sirenas de tierra, provocan a la diversión y convidan al peligro de sus sendas (...)⁴⁴

Los “vistosos prados” de las partes bajas de las sierras presentaban una hermosura delirante, sus cumbres, en cambio, eran lugares idolátricos. Los templos “satánicos” más notables del siglo XVI se encontraron en las cimas de Achiutla, Tecomastlahuca, Teposcolula, Mitla, Teitipac, Teotitlán, Zaachila y Tehuantepec. La predicación del sometimiento estuvo acompañada de la destrucción material de los santuarios idolátricos, particularmente en las cimas y en las cuevas. Con frecuencia sólo un religioso, acompañado de un indio delator, se enfrentaba a los sacerdotes nativos en plena ceremonia ritual y delante de ellos incendiaba y destruía los lugares sagrados. Los indios habrían esperado que los dioses fulminaran a los atrevidos advenedizos, pero nada sucedió y los cristianos degradaron a las tribus a la condición de vasallos del rey católico y a las deidades a otro nivel de la existencia: la clandestinidad, al menos en el siglo XVI.

De los altivos escollos al menudo polvo de un valle

Para el indio, el sacerdote cristiano habría de ser el molde que convirtiera su barbaridad bestial en una naturaleza mansa y humilde. La “dureza de esos altivos escollos”, sería transformada en “ menudo polvo de un valle” al reducir sus cuerpos a la servidumbre del alma mediante castigos, penitencias, ayunos y mortificaciones. El ejercicio de un derecho natural y divino obligaba a que lo débil e inferior obedeciera a lo fuerte y superior. Por eso decía Juan Ginés de Sepúlveda que:

(...) con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo e islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos y las mujeres a los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes a los continentales y templados, y estoy por decir que de monos a hombres.⁴⁵

Sólo el beneficio espiritual del cristianismo podría convertir la “prodigiosa intemperancia” de los indios, su naturaleza agreste, “incontinente” y “disforme” en “vaso de barro”.

De los españoles, como se sabe, quienes les dieron más trascendencia y profundidad a esta perspectiva del colonialismo fueron los sacerdotes cristianos. Ellos debatieron, escribieron y predicaron para que el indio no fuera exterminado en las minas ni en las plantaciones. Su amor cristiano los llevó, como decía Burgoa, a aventurarse por los más extraviados caminos para rescatar a las “ove-

⁴⁴ *Ibid.*, cap. LVI; vol. II, p. 146.

⁴⁵ Juan Ginés de Sepúlveda, *op. cit.*, p. 101.

juelas erráticas” del olvido y los tormentos propios de una naturaleza semejante al infierno. En la más radical renuncia al mundo, los frailes daban un golpe a su cuerpo y otro a los indios; buscaban demostrarles que en el fondo del dolor se halla la fuerza espiritual que nos arranca del pecado. Para ellos, el cuerpo era esa exterioridad que habría que *aterrar (dejar sin tierra) y mortificar (darle muerte)* para que creciera en cambio la interioridad espiritual que llamamos alma. El despliegue de su potencialidad requería la reducción del cuerpo que la alojaba en “bárbaro cautiverio”, a un despojo frío y seco. En virtud del dominio de sus propias pasiones, sólo los frailes podrían enseñar “a aquellas plantas tiernas a crecer derechas”, a mirar al cielo y desprenderse de la tierra, “para esto era la podadera de las mortificaciones”.⁴⁶ “Perseguido de legiones infernales”, cada fraile proyectaba sobre la naturaleza agreste de los indios -“montuosa brutalidad”- la misma lucha que libraba contra su propio cuerpo -“villano cieno”.

Pobreza y humildad fueron con frecuencia armas más fuertes que los aceros de soldados. Vestidos de piedad y amor, esos hombres doblegaron las resistencias más impenetrables. Y al parecer, su poder ante españoles e indios radicó precisamente en el dominio de sí mismos para proyectarse en el dominio de la naturaleza exterior. Han sido considerados como grandes benefactores de los indios no sólo porque los defendieron de los excesos sino también porque los consideraron racionales, dotados de alma y hermanos en Cristo. Ellos, decía Burgoa, soportaron el horror de su “naturaleza bestia”, aprendieron sus lenguas, cubrieron su desnudez y los redujeron a una vida cristiana y civilizada. Penetraron sus intrincados caminos y creyeron descifrar en sus cuerpos (“índices del alma”) las señales inequívocas del averno. En su empresa evangelizadora, incluso estuvieron dispuestos a morir por los indios de la misma forma en que Cristo lo había hecho por todos los hombres: por amor. El amor visto como esa fuerza espiritual que rescata a los cuerpos pecadores, como la figura del Dios creador sacrificándose por su criatura. Es lo perfecto reduciendo a lo imperfecto, la forma cuadrando a la materia; es lo eterno, alto, celestial y divino descendiendo a lo temporal, bajo, terrenal y corpóreo para darle un sentido mediante el sacrificio de esa síntesis representada por el dios-hombre. El sacerdote imita ese acto de compasión que salva al hombre y hasta se ofrece como víctima propiciatoria. Así se lo decía a los chontales Fr. Mateo Daroca:

(...) vosotros queréis vivir como animales, desnudos entre peñascos y sabandijas del campo, huyendo de la luz del Evangelio que os ha amanecido, y aunque no sois mis hermanos, ni parientes por la carne y sangre que vestimos, somos todos hijos de un padre Jesucristo que ha enviado a sus obreros, mis antecesores, a buscaros por estos montes, doliéndose de vuestra perdición, y aunque yo soy el menor de todos, siento tanto vuestro daño, que procuro por todos los caminos curarlos; a los humildes y mansos quisiera darles mi corazón porque han de ir a gozar del descanso de la bienaventuranza y ver a Dios eternamente; y a los que son obstinados y no quieren aprovecharse de tanto bien, es necesario el castigo que tengo de ejecutar en ellos como me lo tienen mandado los superiores, no porque los aborrezco, ni me enojo con ellos sino con sus culpas,

⁴⁶ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. IX; vol. I, p. 92.

y si por hacer fielmente mi oficio me quitáredes la vida, sabed que me granjeáis la corona que estimaré más que cuantos bienes y gustos me puede dar el mundo, que en eso imitaré a nuestro maestro y Señor Jesucristo que por enseñar a los judíos este camino lo azotaron y clavaron en una cruz, donde murió por todos (...)⁴⁷

Esos hombres que buscaban “curar” a los indios “por todos los caminos”, sin que los indios se los hubieran pedido porque no sabían de qué los habían enfermado los frailes, recurrieron a los lazos del amor y la piedad y a los castigos y las penas. Trataron de cuadrarlos en el molde en que se forjó la moral europea: generando en ellos la misma conciencia de culpa y la misma dimensión del pecado. La tierra como lugar para vivir era un lugar de tentaciones al que habría que renunciar para aspirar en cambio a una vida eterna cerca de Dios. Renunciar a la tierra era renunciar al cuerpo, castigarlo y reducirlo a despojos.

El análisis “largo” y genealógico que realizó Nietzsche sobre la moral nos da luces para entender cómo la voluntad de dominio de los grupos sacerdotales del cristianismo, en la historia de Occidente, formuló una serie de valores que convirtieron a los pobres y humildes en los buenos y bien amados de Dios; y a los ricos y poderosos, en cambio, en los malos que, si bien disfrutaban de bienes terrenales, recibirán después de su muerte el castigo eterno del fuego y serían el espectáculo siniestro de los humillados de la tierra. La crítica de Nietzsche es demoledora: expone la tesis de que en un primer momento, los buenos eran precisamente los ricos y poderosos; y los malos: los pobres y humildes. Con Cristo, sin embargo, se da la “rebelión de los esclavos en la moral”: los judíos, un “pueblo sacerdotal”, formulan una “inversión de valores” en la cual la bondad está asociada a la humildad; y la malicia a la soberbia de los dominadores. En *La genealogía de la moral*, Nietzsche se asoma al “oscuro taller” de la historia en que unos “animales de sótano” “fabrican ideales” y escucha que la debilidad debe ser transformada en mérito, la impotencia en bondad, la temerosa bajeza en humildad, la sumisión en obediencia.⁴⁸

La miseria como preparación, prueba y ejercitación; la bondad; la humildad; la obediencia; la paciencia; la virtud; el perdón y la bienaventuranza de los oprimidos y débiles, han sido durante largos siglos los valores para domesticar al hombre y orientar su vida a un *más allá*. Esta es la moral que trajeron los españoles y que expresa Burgoa en su obra. Fue la herramienta necesaria para forjar una Provincia (“un Santo Domingo”), para convertir la altivez de orgullosos escollos en *terreno vencido*, en menudo polvo de un valle.

El resultado de la “inversión de valores” es paradójico porque precisamente en el propósito de servir con humildad hallaron los sacerdotes la fuente del poder que les permitió introducirse entre los indios para degradar su cosmogonía e imponer la suya, para destruir las anteriores jerarquías y colocarse ellos en el nuevo centro de la vida. El resultado paradójico no es casual ni se da a pesar

⁴⁷ *Ibid.*, LXVIII; vol. II, p. 287-288.

⁴⁸ F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, pp. 53-54.

de los sacerdotes, es un efecto que corresponde al propósito de asemejarse a “los más alto de la tierra”, a la montaña sagrada desde la que se dispensan a los cuatro rumbos bendiciones y castigos. Antequera se inventó para domesticar a los indios. La atribución a ellos de una condición humana degradada satisface la necesidad hispana por desplegar, en un lugar de la tierra, la voluntad de dominio de lo “superior” sobre lo “inferior”, de lo cristiano sobre lo gentil, de lo fuerte sobre lo débil, de lo perfecto sobre lo imperfecto y de la forma sobre la materia. La necesidad de imponer sobre lo diverso y distinto al orden de la identidad propia un dominio en nombre del derecho natural y divino, tiene una larga historia que se remite hasta Platón y Aristóteles. Desde esos primeros pensadores, el mundo de “arquetipos espirituales” que se fue elaborando abstraído de la confusión de los sentidos una serie de principios que organizan al mundo. Los *seres* reflejan al *Ser* y, en un movimiento de perfección, habrán de reducir su cuerpo al alma, lo débil a lo fuerte, lo material a lo espiritual, la confusión al orden, las disimetrías a la proporción, lo bajo a lo alto, lo malo a lo bueno, lo enfermo a lo sano, lo irregular a lo plano, lo aparente a lo verdadero, lo temporal a lo eterno, lo sensible a lo inteligible, lo exterior a lo interior, los sentidos a la razón, lo físico a lo metafísico... Ser es, en este sentido, ser suprasensible e inteligible; aunque en una primera aproximación apreciamos que es totalmente al revés: que “ser es ante todo ser sensible, ser sentido”. Así, no ha sido “lo sensible lo que se construye a imagen y semejanza de la suprasensible sino, bien al contrario, una cierta sensibilidad produce, determinada por la necesidad misma de sus afectaciones, un cierto mundo inteligible”⁴⁹ que permite vaciar las experiencias de lo momentáneo y fugaz en moldes arquetípicos que le dan al hombre la esperanza de trascender, de proyectarse de la nada al ser, del caos al orden y de lo temporal a lo eterno. Precisamente en eso consiste lo que E. Cassirer llamó “hazaña filosófica fundamental de Platón”: en “descubrir el ser de las formas puras, anteponiéndolo al mundo de las apariencias sensibles mudables”.⁵⁰

El pensamiento inventa una primera diferenciación que le permite desplegarse sobre la realidad como si ella existiera *en sí misma* y no fuera el resultado de su propio movimiento. La distinción inicial entre lo aparente y lo verdadero, entre el cuerpo y el alma y entre lo temporal-terrenal y eterno-celestial, sustenta la construcción de un mundo arquetípico al mismo tiempo que sirve para moralizar la realidad. Así, una parte de la sociedad es el modelo y la otra su imagen. Unos los buenos y otros los malos. Unos los altos y otros los bajos. Unos los *hombres del mundo, del cuerpo y del olvido*; y otros los *hombres del interior, del espíritu y de la memoria*.

La “inversión de valores” que realizó el cristianismo transformó la primera relación: como hemos dicho, lo bueno, verdadero y amado de Dios es el mundo de los humildes; mientras el de los poderosos es lo malo, falso y condenado por

⁴⁹ Pardó, *Las formas de la exterioridad*, p. 26.

⁵⁰ Cassirer, *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia moderna*, t. I, p. 32.

Dios. En ese postulado halló el sacerdote de la evangelización del Nuevo Mundo la fuente de su poder; sobre todo porque quiso ser él el modelo de humildad, castigo, castidad y sufrimiento. En virtud de su ideal ascético, escribió un obispo de Antequera, “lo sacerdotes son el sagrario donde da sus respuestas Dios, y los instrumentos que toma para libertar a los suyos”.⁵¹ Son pues los “canales del Espíritu Santo”, los mediadores necesarios del hombre ante un destino que le han impuesto por el sólo hecho de vivir sobre la tierra y haber tenido cuna silvestre.

Contra el émulo de Dios

La obra de Burgoa nos permite apreciar la trascendencia de esta perspectiva del poder en la Provincia que inventó su orden como su parcela espiritual. Las tierras de Antequera todavía han de estar humedecidas por el llanto de sus frailes; en el aire aún se han de escuchar sus plegarias, pero también los azotes sobre los indios y sus lamentos en las cárceles. Consecuentes con esa tradición de sufrimiento y pena, los frailes ejercieron diferentes castigos a los indios, pero sobre todo contra los idólatras. El refinamiento europeo para ejercer la tortura sobre el cuerpo se proyectó en Antequera de varias maneras, desde la “caridad y paciencia” que hacen el “cuchillo para degollar a la bestia del pecado”⁵² hasta la hoguera; desde la amabilidad que intenta convencer hasta la amenaza de los terrores del infierno. En cualquier caso, de lo que se trataba era de impedir que los indios confundieran sus propias significaciones con las cristianas; es decir, que asociaran lo “demoníaco” con lo “divino”. Los españoles (y en general la cultura cristiana que emergía de la Edad Media) pensaban que el demonio era un “émulo de Dios”, y por lo tanto procuraba ganarse para sí con mil argucias el culto que era dirigido al Creador. El siguiente argumento con que la Inquisición justificó su establecimiento nos da más elementos para entender lo que estamos comentando:

El primer dictamen de deliberación y anhelo del perverso demonio, rebelado Luzero, émulo sacrílego y obstinado de su Criador, y Dios; enemigo común de todas las criaturas, y en especial del linaje humano; fue quitar al mismo Dios la adoración y culto y reverencia que le son debidos y apropiarlo todo para sí, y aunque en la empresa torpe, cuanto imposible, fue tan miserablemente vencido y castigado, nunca la ha dejado ni dejará por ser de naturaleza inmutable, valiéndose para ella de la fragilidad de la naturaleza humana, procurando astuto, mañoso y disimulado pervertirla del vasallaje y reverencia de su Señor y Dios, y pasarle a su maldito séquito y dominio, haciéndola partícipe de su miserable condenación y penas que nunca tendrán fin.⁵³

La inmutabilidad de la naturaleza del demonio hacía que la lucha entre el bien y el mal, entre lo alto y lo bajo y entre el alma y el cuerpo, no terminara aun-

⁵¹ Diego de Hevia y Valdés, *op. cit.*, p. 101.

⁵² Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. LXXI; vol. II, p 333.

⁵³ *Reglas y constituciones que han de guardar los señores inquisidores...*, p. 16.

que desde un principio el demonio estuviese vencido. La Inquisición se propuso “poner a la Apostasía en espectáculo, a la Herejía en cadalso y al judaísmo en teatro”. De lo que se trataba era de imponer un solo sentido místico -el de la Iglesia- a la existencia. Su labor consistió en descalificar y destruir otras interpretaciones encarcelando, torturando y eliminando a los disidentes; pero los indios estaban fuera de su jurisdicción porque se les consideraba tiernos en la fe. De ellos y sus “idolatrías” se encargaría la justicia eclesiástica ordinaria. Sin embargo, a pesar de no estar bajo el régimen del Santo Oficio, también los indios fueron sujetos de procesos inquisitoriales, sobre todo cuando se trataba de gobernantes y sacerdotes indígenas. Su castigo con cárceles y humillaciones en espectaculares actos públicos perseguía degradarlos en la jerarquía que aún ocupaban. El mismo Burgoa nos cita varios casos. Por ejemplo, en un barrio de Jalapa descubrieron los frailes que los indios adoraban a Santa Catarina de Sena, patrona de aquella congregación, pero con la idea de que “era la misma que la diosa Pinopíaa, que había muerto en aquel lugar (...) este error iba cundiendo, de suerte que todos en la iglesia en presencia de la santa adoraban mentalmente al ídolo campesino”. El enviado a combatir la idolatría fue Fr. Alonso de Espinosa, el cual, “como juez tan entendido y experimentado”, investigó el caso y localizó a los indios responsables de esa interpretación que sustituía el signo diabólico por el sacro. Delante de sus propios pueblos, los sacerdotes nativos fueron humillados. Fr. Alonso:

(...) convocó a toda la jurisdicción y a la de Tehuantepec para un domingo, los sacó [a los idólatras] a un gran tablado en la iglesia, como reos, desnudos hasta la cintura, con sogas a la garganta, corazas en la cabeza y una vela negra en las manos; predicó él mismo un alto sermón en la lengua [de los indios], sobre las palabras del salmo 93 *Deus ultionum Dñus Deus Ultionum libere egit* explicándolo todo con tanto espíritu y claridad, que quedaron todos los oyentes tan asombrados, como los penitentes compungidos y atemorizados, pasando del rigor corporal del castigo recibido al eterno, que les amenazaban sus errores (...) ⁵⁴

Los actos de idolatría que descubrió Gonzálo de Balsalobre en Zola, en 1653, después de veintidos años de administrar esa doctrina, fueron juzgados de acuerdo con el “libro quinto, título cuarto, *de haereticis*” del Concilio Provincial mexicano celebrado en 1585. La condena fue “vergüenza y penitencia pública”:

(...) debemos condenar y condenamos a los susodichos [idólatras] y a cada uno de por sí (...) a que en un día solemne en concurso de toda la jurisdicción que se halle presente al acto en la Iglesia Parroquial de la cabecera, se les de a entender la gravedad del dicho delito, y estando en pie, con velas encendidas en las manos, lo confiesen en público y lo detesten formalmente, proponiendo la enmienda y sujetándose en caso de reincidencia, desde ahora para entonces, por sí y por lo que les sucediere en adelante, a quienes se lo irán haciendo saber, de unos a otros, a la pena condigna al delito ya que quieren y admiten ser castigados a todo rigor de derecho, sin que para evadirse del dicho castigo les haya ni pueda valer la excepción de incapaces y miserables; y en que ayunen nueve viernes (...) ⁵⁵

⁵⁴ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. LXXI; vol. II, p. 331.

⁵⁵ Gonzálo de Balsalobre, “Relación de idolatrías, supersticiones, y abusos en general de los naturales del Obispado de Oaxaca”, en *op. cit.*, pp. 121-122.

La asimilación de los cultos prehispánicos bajo el signo de la idolatría justificó su persecución y destrucción. Finalmente, lo más eficaz para desestructurar los cultos de los indios, más que tormentos y suplicios fue la destrucción de sus lugares sagrados y la extracción de sus sepulcros, de los cuerpos de quienes aún se enterraban con provisiones para viajar al otro mundo: “con el castigo de mandar desenterrar, arrastrar y arrojar en el campo a los cadáveres de aquellos idólatras, conciben los indios tanto horror cual nunca imaginaron con haberse visto en los vivos castigos de prisiones, cárceles y suplicios”.⁵⁶

Materia y forma

En la apreciación de los colonizadores, el indio y el español, pero específicamente el fraile, guardan la misma relación que la materia tiene con la forma: es “real” porque participa de ella. Este pensamiento de larga tradición tuvo su expresión nítida y cristiana en los comentarios de Santo Tomás, el cual señaló que “Todo lo que está compuesto de materia y forma es bueno y perfecto en virtud de la forma, y puesto que la materia recibe o participa la forma, es buena por participación”.⁵⁷ Por sí misma, la materia es infinita en su deformidad, es desorden y confusión. También por eso escribió el mismo Santo Tomás que “Si en la esencia de las cosas naturales no entrase la materia, sino sólo la forma, tendrían por sus ideas en la mente divina un modo de ser en todos los aspectos más verdadero que el que tienen en sí mismas, y por esto dijo Platón que el verdadero hombre es el hombre separado, y que el material sólo es hombre por participación”.⁵⁸ La abstracción de las esencias en la mente divina figura el aspecto más verdadero de las cosas y representa el plano que, en virtud de su participación a la materia, concede al mundo su existencia. Por eso debemos entender que no es este mundo el de la vida verdadera sino sólo una apariencia, un engaño, una imagen imperfecta en virtud de estar hecha de materia. Nicolás de Cusa lo expresó en los siguientes términos: “Dado que la verdad de la forma es algo ajeno a la materia, ninguna forma es verdadera en la materia, y sólo la imagen de la verdadera forma de la verdad está en la materia”.⁵⁹

Eso fue también el indio en la apreciación hispana, una imagen deformada en el espejo brutal de sus montañas, una realidad-ilusión de los sentidos, un intento fallido de verdadera humanidad, una existencia menesterosa, una vida que requería el molde de la moral cristiana. Los calificativos que indios y frailes reciben a lo largo de la obra de Burgoa muestran a unos seres degradados y a otros en el camino de la perfección a pesar de estar todos ellos hechos del mismo barro. Así los indios eran pues “silvestres racionales”, “gente silvestre y montaraz”, “destrozadas y vagabundas ovejuelas”, “hijos de tinieblas”, “monta-

⁵⁶ Burgoa, *Palestra historial*, cap. XXXVIII; p. 252.

⁵⁷ Tomás de Aquino, *Suma teológica*, 1, q. 3, a. 2.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 687.

⁵⁹ Nicolás de Cusa, *El juego de las esferas*, libro primero; p. 56.

ñeses inexpugnables”, “gente bárbara”, “terrestres polluelos”, “inhumanos carniceros”, “montaraces”, “rústicos”, “brutos y montesinos diamantes”, “miserables verdugos de sí mismos”, “pobres ovejuelas”, “pueblos gentiles”, “acosado rebaño”, “nuevos corderillos”, “descarriados peregrinos en su patria”, de “liviana condición y pusilanimidad”, de “naturaleza frágil y espantadiza”, “poblaciones incultas y brutales”, “leones racionales” o “racionales fieras”.

Los frailes eran, en cambio, “humildes”, “pobres”, “amorosos”, “espectáculo ejemplar de sufrimiento”, “afables”, “caritativos”, “penitentes”, “mortificados”, “pacientes”, “sufridos”, de “santidad ejemplar”, “espejos de virtud”, “amantes divinos”, “Pelícanos divinos”, “grandes amigos de Dios”, “cumbres de perfección”, “espejos de humildad y pobreza”, “soles que giraban a todas partes sus luces”, “ángeles en carne”, “simulacros movedizos donde ardían las llamas de la caridad”, “lebreles espirituales”, “círculos movedizos”, “vasos de barro”, desengañados de “la vana representación de las apariencias del mundo”. Los frailes, en fin, “caminaban volando y volaban veloces y ligeros, sin peso de embarazo terrestre”. Esos “lebreles espirituales”, como está dicho, adquirirían su agilidad con el ejercicio de las mortificaciones:

(...) ejercicios de mortificaciones de la vía purgativa hasta purgar las manchas de los malos humores y reducir lo basto del barro en terso cristal que se beba al sol, y primero ha de implantar en sí las heridas, los golpes, las salivas, puñadas, y afrentas de Cristo crucificado, porque por estas llagas como por postigos, le entran los crepúsculos del consuelo y claridad de la conciencia.⁶⁰

Las llagas de un cuerpo macerado eran un consuelo, el pago de una deuda que nunca se terminaría de pagar porque era demasiado grande.

Es esta, nos dice Nietzsche, una especie de demencia de la voluntad en la crueldad anímica que, sencillamente, no tiene igual: la *voluntad* del hombre de encontrarse culpable y reprobable a sí mismo hasta resultar imposible la expiación, su *voluntad* de imaginarse castigado sin que la pena pueda ser jamás equivalente a la culpa, su voluntad de infectar y de envenenar con el problema de la pena y la culpa el fondo más profundo de las cosas, a fin de cortarse, de una vez por todas, la salida de ese laberinto de “ideas fijas”, su *voluntad* de establecer un ideal, -el del “Dios santo”-, para adquirir, en presencia del mismo, una tangible certeza de su absoluta indignidad.⁶¹

La voluntad del hombre de asemejarse a lo malo, bajo, enfermo, corruptible, débil, corpóreo y exterior; en oposición a lo bueno, alto, sano, incorruptible, fuerte, espiritual e interior, halló su justificación final en la “certeza absoluta de su indignidad” ante el Dios santo. Desde esta perspectiva, el sacerdote era el centro de la sociedad porque sólo él castigaba su cuerpo de una manera radical. Eran hombres que sacrificaban su albedrío para cumplir las órdenes de sus superiores, de la misma forma en que Cristo obedeció a su padre porque es ley natural y divina que lo inferior ha de obedecer a lo superior; es decir, el hijo al

⁶⁰ Burgoa, *Palestra historial*, cap. LI; p. 371.

⁶¹ Nietzsche, *Genealogía de la moral*, p. 106.

padre, la mujer al hombre, el esclavo a su amo y el indio al español. De lo que se trataba era de: “ajustar los nervios de la voluntad, y quitarles los movimientos del libre albedrío, hasta formar en el ánimo una verdadera humildad, sin artificio, con circunspección religiosa, que son las basas firmes del más levantado edificio de todo nuestro estado [religioso]”.⁶² Así, “un sujeto sólo, que siga estos pasos, es bastante para formar una provincia”,⁶³ para fundar “*un Santo Domingo*”, un terreno trazado con la conquista espiritual. “Cuanto menos tuviere de mundo” el indio, se asemejaría más a sus frailes y se convertiría en un *pobrecito* que no se rebela, ni protesta sino que calla y trabaja. “De peñascos brutos” habrían de convertirse “en la fe, hijos de Abraham” a pesar de su “briosa sensualidad”. Aunque no llegaran al sacerdocio porque, según las notas de Sahagún “por entonces no eran capaces de tanta perfección”,⁶⁴ al menos serían incorporados a la comunidad de los fieles cristianos.

El orden moral del mundo

En suma, la domesticación de Antequera se logró a partir de los siguientes aspectos:

- 1) *Con el ejercicio de una perspectiva del “orden moral del mundo”, la cual supone:*

Que existe, de una vez por todas, una voluntad de Dios acerca de lo que el hombre ha de hacer y ha de dejar de hacer; que el valor de un pueblo, de un individuo, se mide por su mayor o menor obediencia a la voluntad de Dios; que en los destinos de un pueblo, de un individuo, la voluntad de Dios demuestra ser dominante, es decir, castigadora y premiadora, según el grado de obediencia.⁶⁵

- 2) *Las “verdades” son sólo aquellas verdades interiores.* Todo lo demás, lo circunstancial, temporal, histórico, espacial, natural, valen “únicamente como signo, como ocasión de parábolas”⁶⁶ o como un “caos de confusión” que distrae con entretenimientos y diversiones al cuerpo mientras el alma languidece olvidada. En su radical renuncia al mundo, en medio de su retiro espiritual, el fraile habría de encontrar dentro de sí la verdad y el sentido de las circunstancias exteriores. No ha de permitir que las apariencias lo distraigan, si no “[¿]Cómo predicará con el resfrío que le han introducido los malos aires de objetos que se le han impreso en el alma?”⁶⁷

⁶² Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. XXII; vol. I, p.254.

⁶³ Burgoa, *Palestra historial*, cap. XLII; p. 297.

⁶⁴ Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, libro X, Relación del autor digna de ser anotada; p. 580.

⁶⁵ Nietzsche, *El Anticristo*, p. 53.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 64.

⁶⁷ Burgoa, *Palestra historial*, cap. XLVIII; p. 352.

El cuerpo, esa exterioridad, no es sino “índice del alma”:

(...) la fisonomía del cuerpo suele ser un sobrescrito de las facultades interiores del hombre con tanta correspondencia, que los ojos son los ecos del entendimiento, y los demás miembros tienen alianza con los movimientos interiores, de suerte que parecen unos signos que publican las pasiones más disimuladas del alma...⁶⁸

La consideración de lo exterior sólo en cuanto ocasión de parábolas y signo de verdades interiores no puede dejar de recurrir, sin embargo, al mismo cuerpo porque a través de su sensibilidad y aspecto se denota un estado del alma y se inicia el conocimiento de las verdades supremas. Las imágenes corpóreas son pues indispensables para entender lo divino y espiritual: “Lo natural del entendimiento humano, anotó Tomás de Aquino, es llegar a lo inteligible por medio de lo sensible, ya que todos nuestros conocimientos empiezan en los sentidos”.⁶⁹

3) *Todo lo que acontezca al hombre, desde lo más grande hasta lo más pequeño, ha de leerse a la luz de la Biblia.* El signo de la experiencia ha de corresponder al signo del texto bíblico. Esa similitud integraba los distintos lugares y tiempos en un sólo sentido místico. Por lo tanto, el texto sagrado marcaba proféticamente el devenir.

Así, Antequera fue vista como “otro Egipto de supersticiosos errores”. Otra Babilonia: un “abismo de confusión”, una “metrópoli de errores”, un “centro de calamidades”. Los frailes habrían de cumplir en Antequera la misma misión divina que los antiguos recabitas entre los judíos antes de su destierro: por su “estrecha mortificación” y por ser “tan penitentes que vivían sepultados en vida en cuevas como sepulcros”, Dios se valió “del ejemplar de su obediencia (...) para confundir las demasías de su pueblo”.⁷⁰

4) *El sacerdote desacraliza la naturaleza y la asocia a lo demoníaco, al escenario de la primera caída del hombre, a lo agreste, salvaje y bárbaro; en oposición al espacio llano, cristiano y civilizado.* La naturaleza es esa exterioridad integrada a los sentidos e instintos del cuerpo, al *más acá* de sus debilidades inmediatas; por lo tanto, su degradación es condición necesaria para que el sacerdote pueda representarse en el centro del orden social. La *antinaturalidad* del *más allá* (ir contra el cuerpo y sus instintos) en cuanto sentido de la vida, impone al sacerdote como mediador entre los mortales y Dios: él es el único camino pues sólo a través de él Dios dice su palabra, perdona, reconforta y proporciona esperanzas por medio del dolor.

⁶⁸ *Ibid.*, cap. XVII; p. 124.

⁶⁹ Tomás de Aquino, *Suma teológica*, 1, q. 1, a. 9.

⁷⁰ Burgoa, *Geográfica descripción*, cap. LII; vol. II, pp. 104-105.

5) *También la naturaleza, particularmente las montañas y desiertos, debido a la fatiga que provocan y a que en ellos puede uno hallarse lejos del murmullo de la gente y en el centro del silencio y la soledad, es el principio de la santidad, a la cual se accede al vencer, en ese campo de batalla, las pasiones del cuerpo para que el alma pueda ser visitada por Dios.* Así lo hicieron lo santos y también el Bautista, el cual “partió al desierto a desafiar la mayor soledad”.⁷¹

Los frailes que se aventuraron por las serranías de Antequera no hicieron sino emular los ejemplos de santidad bíblica al asemejar sus montañas a los desiertos de tentación y prueba. Ese espacio de lucha natural que halló el fraile en las tierras de la Provincia de San Hipólito Mártir, lo reprodujo en su celda y su convento. Burgoa nos cuenta cómo las habitaciones de sus frailes habrían de ser el “yermo de espíritus solitarios”, el escenario del recogimiento interior al que habrían de asemejarse las vidas de sus ocupantes:

Labraron un dormitorio breve donde repartieron seis celditas tan estrechas como las que formó viviendo nuestro glorioso Patriarca [Santo Domingo], de dos varas y media de capacidad, con tan escasa luz de unas tronerillas altas, que les concediese lo que bastase para leer y estudiar, y les negase lo que podía ocasionar cualquier pequeña diversión, y tan vecina la oscuridad, que con lo opaco convidaba a devoción y silencio, con ambos polos sustentaron la esfera de santidad y ejemplo (...)⁷²

6) *La memoria ha de ser impresa en el hombre para que recuerde su deuda con Dios y no se abandone al mundo de las apariencias y de las inclinaciones inmediatas de su cuerpo.* La memoria se apreció como una cualidad del alma; perdiéndola, el hombre regresaba al estado bárbaro y salvaje en el que su cuerpo vivía sin las potencias racionales y espirituales. “Porque descendiendo de una generación en otra, anotó Juan de Córdova al introducir su *Vocabulario en lengua zapoteca*, como la memoria es flaca engéndrase olvido, crecen las pasiones, auméntanse los vicios, y no habiendo escrituras a donde acudir para reformarse, vuélvense los hombres bestias”.⁷³

En realidad, “No recordamos porque tengamos alma”; más bien, “tenemos alma porque recordamos”,⁷⁴ porque la interiorización del hombre y el crecimiento de eso que seguimos llamando alma fue un recurso para hacerlo regular, calculable, necesario, capaz de “responderse a sí mismo de su propia representación, para finalmente poder responder de sí mismo como futuro a la manera de como lo hace quien promete”.⁷⁵ Y “¿Cómo hacerle una memoria al animal-hombre?

⁷¹ Burgoa, *Palestra historial*, XLVIII; p. 348.

⁷² *Ibid.*, cap. V; pp. 65-66.

⁷³ Juan de Córdova, *Vocabulario en lengua zapoteca*, p. 13.

⁷⁴ Pardó, *op. cit.*, p. 64.

⁷⁵ Nietzsche, *La genealogía de la moral*, p. 67.

¿cómo imprimir algo en este entendimiento del instante, entendimiento en parte obtuso, en parte aturdido, en esta viviente capacidad de olvido, de tal manera que permanezca presente?”.⁷⁶ El mismo Nietzsche contesta su pregunta: “Para que el yo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; sólo lo que no cesa de doler permanece en la memoria”.⁷⁷

El cuerpo se asoció al olvido, aunque “no olvidamos porque tengamos cuerpo”; más bien, “tenemos carne porque olvidamos”,⁷⁸ porque la carne es la experiencia inmediata de las cosas y la presencia de una conciencia sacrifica sus inclinaciones pues le antepone juicios, valoraciones y sobre todo el sentimiento de culpa y el signo del pecado y la corrupción. El alma es, en esta perspectiva, “el olvido del cuerpo”; y el cuerpo, por el contrario, es “el olvido del alma”.⁷⁹ Los *hombres del interior*, los sacerdotes, son también los *hombres de la memoria del alma* (crecimiento del espíritu, del tiempo y de la santidad) y *del olvido del cuerpo* (disminución del mundo, del exterior, de la naturaleza, del espacio y del pecado). Son los hombres que logran el dominio de sí mismos, en virtud del cual, suponen, también logran el “dominio de las circunstancias, de la naturaleza y de todas las criaturas menos fiables” y “más cortas de voluntad”. Ese mismo dominio los convierte en “medida del valor”. Y así, “mirando a los otros desde sí” mismos, honran o desprecian.⁸⁰ En cuanto *hombres de la memoria del alma y del olvido del cuerpo*, también tienen la capacidad de revelar el sentido oculto de las cosas por su propia capacidad de interiorización y de desciframiento de los signos de la experiencia a la luz de los signos bíblicos. Y eso es lo que pretenden de los indios: que busquen la verdad dentro de sí y no en la apariencias del mundo; también por eso les enseñan a leer al mismo tiempo que les destruyen sus “pinturas” y “antiguallas”.

Conclusión

Los puntos expuestos sintetizan la visión colonizadora de los españoles y específicamente la de los frailes. Como hemos podido apreciar, la principal explicación de su búsqueda es la del sufrimiento, la cual radican finalmente en la culpa, “en una parte del pasado”, “el hombre ha de entender su propio sufrimiento como un *estado de pena*”. Lo peor sería sufrir sin sentido, “como un animal que está encerrado en una jaula sin saber por qué y para qué”.⁸¹ Pero la verdad del interior que proyectan los sacerdotes a la realidad mundana convierte el dolor en necesidad y camino, en condena y salvación.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 69.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ Pardó T., *op. cit.*, p. 64.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 64.

⁸⁰ Nietzsche, *La genealogía de la moral*, p. 68.

⁸¹ *Ibid.*, p. 163.

En una celda fría, con la luz mortecina de una vela y a la vista del Cristo ensangrentado, los frailes de Burgoa le recordaban con golpes a su propio cuerpo su debilidad y su caída. Para no permitir que se engendre el olvido, ni crezcan las pasiones, leían y releían la Biblia, reflexionaban y trataban de integrar en un solo sentido místico todas las experiencias de la vida, pasadas, presentes y futuras. La “historia” de Burgoa trata de convertir el personaje histórico en héroe ejemplar; sus frailes acababan siendo el modelo para las siguientes generaciones, él escribe con el propósito explícito de mostrar que es posible que uno mismo -su lector- siendo de carne y olvido, al igual que los santos y los primeros frailes que llegaron a su Provincia, puede mortificar y aterrar su cuerpo hasta convertirlo en “círculo movedizo” que apenas tiene un punto de humano en su contacto con el suelo.

Finalmente diremos que Burgoa nos proporciona un buen ejemplo de lo que puede pasarle al hombre cuando pierde la memoria y se asemeja a la naturaleza agreste que habita. Nos cuenta que Fr. Jerónimo de Ábrego, al recorrer la doctrina de Tepexe, la cual “es de barrancas y retiros, asperísima, y sus poblaciones como de fieras”, en una ocasión:

(...) perdió la senda que había de seguir y entróse en una aspereza inculta donde a poco trecho perdió la senda, y solas las que las fieras de la montaña trajinaban descubría; dos indios que le acompañaban le perdieron de vista, y andando perdido entre aquellas malezas de peñas, descubrió sobre un árbol de muchos que hacían un lóbrego y tenebroso bosque, *una figura de hombre desnudo*, con la cabellera tan dilatada, ya muy blanca de las canas que le cubrían, aunque sin orden, más de la mitad del cuerpo. Quedó por una rato asombrado [el fraile], mirándolo sin determinarse a pensar fuese racional, hasta que fue sentido del monstruo; y *distinguió por la figura y miembros [que] era hombre*, y que se valía de manos y pies para pasar de unos árboles en otros, huyendo. Y en haciendo juicio [que] era hombre le fue siguiendo y llamando aunque [aquel] no le esperaba. Fue Nuestro Señor servido [de] que los indios que le seguían [al fraile] oyeron las voces, y al eco de ellas le fueron buscando, en ocasión que el *salvaje racional* se había detenido por no poder saltar a otro árbol y huir, más *cercáronlo, y trabajando por atraerle lo consiguieron, para la salvación de aquel predestinado*, subieron al árbol los indios que habían subido, y con muchos halagos lo trajeron a presencia del siervo de Dios, y abrazándolo con mucha ternura de lágrimas lo acariciaba, y aunque se le había olvidado su lengua nativa, entendía lo que en ella le decían en la chochona, así el padre como los indios, y lo más que expresaba era el horror y miedo de los españoles, y *asegurándole que estaba libre y seguro de ellos en la compañía del padre, lo vencieron a que se dejase llevar al templo de Dios y casa santa, y aunque gentil, como le tenía Dios predestinado se venció y redujo a seguirlos hasta el convento donde asistían los religiosos*. Era ya indio muy anciano, y según la relación que daba, después de la venida de los españoles, y [por] la edad [joven] con que se hallaba y [por el] miedo que concibió a las crueldades que usaban con los que no traían oro ni joyas, [prefirió huir]. Y [por] los años que vivía entre fieras y [en] aquellas malezas, comiendo lo que en ellas [había]: frutas silvestres y raíces de yerbas, desnudo a las inclemencias del cielo, *tostada la piel como un salvaje*, y en todo disforme, y feroz, a los principios [de que el fraile lo halló era] formidable e indómito, *hasta que el buen trato lo aseguró*, y fue entendiendo su lengua natural, y con ella la Doctrina Cristiana, hasta hacerse capaz de recibir el Santo Bautismo, que hasta entonces no era cristiano, y quiso Nuestro Señor llevársele, y con una fiebre maligna sobre casi cien años pidió le bautizasen estando muy enterado en los ministerios de Nuestra Santa Fe que profesó bautizándole, y con muchas muestras de católico expiró honrándole Nuestro Señor con grande concurso de los pueblos comarcanos en su entierro, y con estos lances favorecía Nuestro Señor al Ministro Evangélico [Fr. Jerónimo de Ábrego].⁸²

⁸² Burgoa, *Palestra historial*, cap. LXIV; pp. 482-483

El caso es por de más interesante e ilustrativo. Para hallar al “silvestre racional” fue necesario perderse “entre malezas de peñas”, en donde las únicas sendas eran las que transitaban las fieras de la montaña. El fraile tiene la capacidad de reconocer en un árbol de los que forman “un lóbrego y tenebroso bosque”, a pesar de las apariencias y hábitos que denotan una fiera o un monstruo, la humanidad de aquel ser a través de su figura. Su rescate a manos del sacerdote se logra cercándolo con ayuda de unos indios conversos, con halagos, con caricias, con lágrimas, con abrazos y buen trato. La fuerza del amor somete así a un ser que al principio de su captura era disforme, feroz, formidable e indómito. Por su reducción al cristianismo y a la vida en comunidad, el hombre silvestre se salva, se hace libre y recupera la palabra. Su traslado de la “montuosa brutalidad” a la Casa de Dios lo desplazó del margen caótico, infinito, demoníaco y disforme al que se asemejó por el sólo hecho de vivir en él, al *axis mundi*, al centro que integra en sí mismo lo sagrado y lo interior. El fraile no podría dejarlo perdido en las orillas del mundo, tenía que reintegrarlo al sitio que él mismo habitaba porque así se lo imponía la piedad cristiana. ¿Qué parte de sí mismo rescataba el hombre occidental al reducir aquella figura salvaje de largos cabellos y piel tostada al cautiverio de un monasterio?

La conciencia hispana atribuyó a la figura del indio, y sobre todo a la del indio rebelde y prófugo, las características de una naturaleza deforme, intemperante, caótica y demoníaca que habría de cuadrar con las disciplinas, trabajos, ayunos, penas, castigos, mortificaciones y terrores sobre su cuerpo. Los frailes “montaron a los indios” como si éstos fueran “fieras racionales” y utilizaron como perros de presa a los indios conversos. Aquella figura salvaje se halló así acosada cuando no pudo huir más y estuvo al alcance de la jauría del cazador.

Al huir a lo más impenetrable de los montes y las selvas, el indio se perdía, su naturaleza se trasladaba de la barbaridad gentil al salvajismo, a la infinitud monstruosa de los seres que transgredían las normas morales y políticas. Si ocupaba la naturaleza marginal se convertía en un ser liminal. Entre ambas naturalezas, la salvaje y la civilizada, el fraile era el camino de retorno de la rebeldía a la domesticación, asociados uno con el signo de lo demoníaco y otro con el de la santidad.

Bibliografía

- AQUINO, Tomás de. *Suma Teológica*. Texto latino de la edición crítica leonina. Traducción y anotaciones por una comisión de PP. Dominicos presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. Francisco Barbado Viejo, O. P. Obispo de Salamanca. Introducción general por Fr. Santiago Ramírez. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1957.
- ARISTOTELES. *The works of Aristotle*. Chicago Encyclopaedia Britanica. c1952. El texto y anotaciones de esta edición son la reimpresión de *The works of Aristotle*, traducido al inglés bajo la dirección de W. D. Ross, por arreglo con la Oxford University Press (Great books of the western world, 8-9). Volumen 3: *Meteorologica, De Mundo, De Anima, Parva Naturalia, De spiritu*.

- BALSALOBRE GONZÁLO DE, Diego de Hevia y Valdés y Heinrich Berlin. *Idolatría y superstición entre los indios de Oaxaca*. Ediciones Toledo. México. 1988. 153 p.
- BURGOA, Francisco de. *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo Artico de la América y, nueva iglesia de las Indias Occidentales, y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera, Valle de Oaxaca*. Editorial Porrúa. México. 1989. 2 vols. Biblioteca Porrúa 97.
- *Palestra historial de virtudes y ejemplares apostólicos fundada del celo de insignes héroes de la sagrada orden de predicadores en este Nuevo Mundo de la América en las Indias Occidentales*. Editorial Porrúa. México. 1989. 615 p. Biblioteca Porrúa 94.
- CASSIRER, Ernst. *El problema del conocimiento*. FCE. México. 1986. Vol. I. *Códice de Yanhuittlán*. Edición en facsímile y con un estudio preliminar por Wigberto Jiménez Moreno y Salvador Mateos Higuera. SEP-INAH. México. 1940. 113 p.
- CÓRDOVA, Juan de. *Vocabulario en lengua zapoteca*. Edición facsimilar del reimpreso por acuerdo del C. General Mariano Jiménez, Gobernador constitucional del Estado de Michoacán de Ocampo, bajo la dirección y cuidado del Dr. Nicolás León, Morelia, 1886. Ediciones Toledo, INAH. México. 1987. 2 vols.
- CUSA, Nicolás de. *El juego de las esferas*. Introducción traducción y notas de J. Rafael Martínez E. México. UNAM: Facultad de Ciencias. México. 1994. 127 p.
- GINÉS DE SEPÚLVEDA, Juan. *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. FCE. México. 1986. 179 p.
- NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial. Madrid. 1989. 203 p.
- *El anticristo*. México. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial. Madrid. 1974. 155 p.
- PARDÓ TORÍO, José Luis. *Las formas de la exterioridad*. Pre-textos. España. 1992. 367 p.
- PLATÓN. *Timeo*. Editorial Gredos. Madrid, pp. 125-261. *Reglas y constituciones que han de guardar los señores inquisidores, fiscales, secretarios, oficiales, calificadores, consultores, abogados, comisarios, notarios, honestas personas, capellanes, familiares y otros cualesquier ministros del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de esta Ciudad de México, como cofrades de la nobilísima, y santa cofradía de Señor San Pedro: principal patrono y fundador del santo Oficio de la Inquisición*. México. En la imprenta del Secreto del Santo Oficio, 1659. 16 f.
- SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. La dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices Angel María Garibay K. Porrúa. México. 1992. 1093 p. "Sepan cuantos..."; num. 300.
- SOLÓRZANO Y PEREYRA, Juan. *Política indiana*. Estudio preliminar por Miguel Angel Ochoa B. Madrid. Ediciones Atlas. España. 1972. Vol. I.